

salud y concedía sin reposo audiencias á cuantos se las demandaban: el veintisiete ya estaba en agonía; el veintiocho era muerto. Vómitos terribles le asaltan, inflamaciones al vientre le postran; y para contrastar el estrago de ambas enfermedades no encuentran cosa mejor los doctores que propinarle sangrías. Por un momento este remedio, tan prodigado entonces, y tan problemático de suyo, lo serena; pero al cabo lo debilita, y con tanta rapidez, que sólo un viejo ayuda de cámara italiano, estaba presente y á su cabecera, cuando tras un estertor muy terrible y un ronquido muy prolongado, entregó al aire su aliento último y á Dios su alma inmortal. Un sollozo amargo y colectivo, lanzado por la servidumbre y por la familia, desde los senos del palacio, resonó con tales fragores, que parecía poseer sentimiento y vida el frío y sólido edificio donde acababa de morir Leopoldo. La Emperatriz no tuvo tiempo de abrazar á su esposo vivo, aunque se hallaba en cámara próxima de la cámara donde yacía el moribundo. Sin tiempo de vestirse luto; en duelo no fingido; perdonando las traiciones de su esposo; muy cuidadosa por la suerte de sus hijos, reuniólos en aquel momento supremo la Emperatriz, y llevólos ante su primogénito heredero del Imperio y de las coronas al Imperio anejas, para rogarle se curase de toda la familia y sustituyese al protector natural y cariñoso que todos habían perdido. El nuevo Rey de Bohemia y Hungría, cuyo papel tan curioso en la Historia del siglo XIX, comenzaba entonces á representarse, al faltar tan poco tiempo, para que concluyera el siglo XVIII, acogió á su madre con los extremos que debe un hijo y á sus hermanos con la solicitud que debe un hermano. Cumplidos estos deberes, lo primero que apareció en medio de aquel incipiente duelo, fué la vista del despojo dejado por el epicúreo difunto, no en batallas de odio y guerra, en batallas de placer y amor. Tenía una botica de afeites y un laboratorio de adobar pieles y fingir colores como pudiera un porfiado químico. Más abanicos había en sus armarios que en los armarios de su mujer. Las plumas formaron montes, como si las aves del paraíso americanas y los avestruces africanos hubieran ido en tropel, cual si fuesen golondrinas, á su cuarto. De vestidos había por cientos; de cartas amorosas por miles. No escondió la Emperatriz al hijo los escándalos del padre. Creyó deber tal enseñanza inevitable á su inteligencia, tal sacudida enorme á sus nervios, para que no repitiera iguales costumbres en su vida. No repitió ni las costumbres, ni las ideas. Fué un padre honesto; pero un reaccionario de pies á cabeza, el enemigo más implacable de la revolución francesa, el carcelero más feroz de los pueblos libres.

Mientras, allá, en el fondo de su alma, Leopoldo estaba por los aplazamientos y las contemplaciones, no habían dejado de sacudir su inercia y turbar su indiferencia los empeños del caballero Fersen, expedido al hermano en aquellos días de su enfermedad y de su muerte por la Reina sin ventura. Como el golpe fué súbito y el paso de este mundo al otro rápido, Fersen tuvo tiempo, aunque llegado á última hora, de hablar con el Emperador y persuadirle al socorro de su hermana, cuando por socorrerla se acababan las luchas entre

Turquía y Rusia; las irreconciliables Austria y Prusia se conciliaban; la Emperatriz Catalina ofrecía sus tesoros; el Rey Gustavo de Suecia sacaba su fulminante sable; se unían á la Europa reaccionaria los republicanos de Suiza; Souwarouw ahullaba como un oso del Norte, blanco y hambriento; el Rey de Cerdeña se apercibía con todos sus aprestos al combate, y las milicias españolas iban al Pirineo en una exacerbación de odios realistas como no viera ninguna otra este nuestro continente de los reyes, contra los pueblos. Mas Leopoldo murió de súbito. En su primer arrebato de dolor la Reina imputó la muerte de Leopoldo á los jacobinos, mientras los jacobinos, que tampoco estaban por la guerra, pareciéndose á Leopoldo en esto, imputábanla con encarnizamiento á los emigrados. Y la desgracia del trono francés y de su Reina se aparecía tanto mayor á la consideración de todos los palaciegos cuanto que recogía la herencia del muerto un muchacho de veinticuatro años, alejadísimo ya de los reyes en parentesco, y muy enfermo, pues no en vano se tienen padres viciosos; no ya director, como el César acabado, de la política europea, dirigido y animado por todos. Si Antonieta no había conseguido cosa mayor de su madre, si tampoco de su hermano José que tanto la quería, si tampoco de su hermano Leopoldo ¿qué podría conseguir de su impasible sobrino Francisco? Sin embargo, este joven de carácter jesuítico, por esas contradicciones frecuentes en los caprichos de la herencia; con un aire muy parecido al aire de los últimos Austrias españoles; figura de artificio por lo mecánico, rostro de monje, pelo de muerto, vista de espectro, se apercibía desde los comienzos de su juventud y de su reinado á restaurar la inquisición clerical y la vieja Monarquía en el mundo. Aunque la sangre de todos los tiranos fluía por sus venas, la sangre de los Austrias españoles y la sangre de los Lorenas franceses y la sangre de los Estes y de los Farnesios italianos, amén de la sangre germánica, ninguna predominaba en él, falso español, falso alemán, falsísimo italiano, con vocaciones de verdugo y sepulturero, destinado á presidir la reacción universal y anular la Santa Alianza de los reyes contra los pueblos, por lo cual se aparece ante la posteridad entre los miembros despedazados de Polonia, los tormentos de Hungría y Bohemia, las lágrimas de Venecia, las desgracias de Francia, como terrible personificación del retroceso universal. Así lo que había perdido Antonieta perdiendo un hermano amante, lo ganó contando un sobrino reaccionario. Este no sentiría más amor á ella que Leopoldo; en cambio sentía más odio á Francia, razón por la cual en suerte le tocó principiar la guerra. Mas nuevo golpe desconcertó á la infeliz Reina otra vez. Acababa de morir Leopoldo de Austria en Viena, cuando moría en un baile á un pistoletazo Gustavo de Suecia, su caballero sirviente y andante, un completo esclavo de la Reina, un rendido amador de la mujer, todo por caballerosidad, todo por poesía, todo por sentimientos novelescos y por propensiones románticas. Gustavo era perseguido en su reino con ferocidad por una jauría de patricios que no le perdonaban las reformas contra los privilegios de todos, encaminados á fundar la soberanía predominante y el poder absoluto de él solo.

No pudiendo acometer sus romancescas aventuras sin auxilios en hombres y en dinero ni obtener estos auxilios sin oprimir y exprimir la dieta sus nobles, había concitado el furor de todos éstos, ya muy dispierto, con las exacerbaciones de sus violencias continuas y con los rasgos de su imperioso carácter. Así no encontraron para combatirle sus enemigos otro medio en sus recursos que la conjuración; y esta conjuración para destruirlo no encontró en sus recursos otro medio tampoco que asesinarlo. Mas, conocida de todos la conjura, pues habíala patentizado el odio descubierto de los conjurados, no quiso el Rey hacerle ningún caso. Parecíale que se acusaba de cobarde persiguiendo sus enemigos y los dejaba vivir en paz á su guisa, pues no creía posible morir á sus manos. Con la espada célebre que llevaba en su cinto, y la coraza de su valor en que su pecho encerraba, imaginábase invulnerable como Aquiles, y sin tener como Aquiles un talón por el cual pudiera entrarle la muerte. Inútilmente le habían dicho sus numerosos amigos y partidarios que se preservase de las asechanzas en derredor suyo circunstantes; y que no fuese nunca solo: Gustavo despreciaba tales advertencias, é iba de paseo, á pie, por la noche y por el día, según su guisa, como si no fuera un Rey, como si fuera un estudiante. Todas las tardes iba enteramente solo á su castillo de Haga, sito una legua de la capital, sin pensar cuán fácil cosa era concluir con él, ya en la soledad del parque siempre desierto, ya en la soledad del camino donde le tendían á la continua redes en que podía enredarse, trampas en que podía caer. Mas parecíale una grande cobardía tener miedo á cosa ninguna, y por no tener miedo, no lo tenía el cuitado á lo más temible que hay en el mundo, á la traición.

Su valor lo perdió. Audaz entre los innovadores de su tiempo y de su estirpe creyó fácil cosa vencer un patriciado pagadísimo de su poder y de sus privilegios. El patriciado se defendió con perseverancia y llevó hasta el crimen su defensa. Todos los nombres más ilustres de Suecia brillaban en la conspiración, todos los que significaban algún blasón ó respondían á gloriosos recuerdos. Pero los que aparecían como cabeza de conjura se llamaban, el uno Ankaverstriem, el otro Libienhom, proponiéndose una venganza del Rey, tan sólo el primero, mientras el segundo se proponía sustituir al Rey en la gobernación del Estado. Y por estos propósitos y estos planes recibieron del patriciado, airadísimo como ellos, una gruesa cantidad, reunida entre aquellos conspiradores potentados. Seis meses emplearon en urdir la trama donde había de quedar prisionero todo el coraje temerario de Gustavo. Tramaron, pues, matar al Rey, y con el Rey todos los cortesanos de su fortuna, todos los favoritos de su predilección: que tantas víctimas necesitaban para, después de restablecido el antiguo régimen patricio, conservarlo. Aquellos aristócratas que se desdeñaban de imitar los desvaríos demagógicos y apercibían como la plebe de París muchas picas terribles con ánimo de clavar en sus topes muchas cabezas cortesananas. El heredero de la corona, joven inexperto príncipe, debía quedar vivo para instrumento de los conjurados, empeñadísimos en dar al crimen de la conjuración aparien-


cias de legalidad. El hermano menor de S. M., á quien designaba Gustavo para regente, debía ser inmolado también como precaución para impedir todo prestigio rival del prestigio de los conjurados. Una tarde, cercana, por estos días, al momento, en que la conjuración se urdiera, Gustavo hallóse á punto de morir. Fué solo al Castillo de Haga y en el castillo de Haga entraron tras él misteriosamente los conjurados. Encerróse dentro de su Biblioteca, y cerca los conjurados apercibieron las armas regicidas. Desembarazado de sus arreos y arrellenadísimo en un sillón, se durmió perfectamente. Los conjurados no quisieron entonces, atisbándolo con certera vista, y teniéndolo á tiro seguro, hundir aquel fugaz sueño en el sueño perdurable. Mas pronto les presentó él mismo nueva ocasión de matarlo. Dábase un baile de máscaras en el teatro Real, anejo, como pasa en todas las cortes alemanas, al Palacio Real. Gustavo no tenía tantos vicios como Leopoldo; pero los tenía peores. Así gustábale mucho el misterio donde satisfacía sus torpes instintos. En los bailes de máscaras presentábase á la continua el primero y salía de los bailes de máscaras el último. En uno de estos bailes, por fines de Marzo, aguardábanle sus enemigos el mismo año y por los mismos días en que murió Leopoldo. Tras seis meses de intrigas y confabulaciones los dos primeros conspiradores habían reñido, porque Ankarstroem quería el gobierno ejercido por la nobleza y Lilienhorn quería el gobierno ejercido por su propia persona. Viendo este último como tras la victoria los asuntos públicos iban á quedar peor para él de lo que bajo el Rey estaban, comenzó á revelarlos por el vulgar medio de los anónimos al Rey. En la noche misma de su inmolación le dirigió uno al temerario y descuidadísimo Gustavo, diciéndole huyera del baile, pues le preparaban la muerte. Gustavo se rió del delator anónimo, como de la delación misteriosa, y después de haber cenado en compañía de sus favoritos, se dió al holgorio del salón y del bromeo con todos sus sentidos y toda su alma. Concluía de dar una vuelta por el salón, cuando cierto grupo regocijadísimo y enmascarado lo aparta de sus compañeros, que hubieran todos muerto por él, y de semejante grupo le disparan un tiro, que le penetra bajo el costillar, y se aplasta encima de la cadera. Sintiéndose malherido no profiere Gustavo una queja, pero sí dispone que cierren las puertas y echen abajo las caretas. De los nueve patricios complicados en la conjura, todos escaparon entre las aglomeraciones del tumulto fuera, y sólo se quedó dentro Ankarstroem, el asesino. Pero se poseía de tal modo á sí mismo y conservaba un tal omnímodo imperio sobre sus nervios, que se quitó la máscara sin rebozo, y dijo á los oficiales del Rey sin miedo, dándose aires de gran señor fiel á su monarca: «no sospecharéis de mí.» La pistola, con que perpetrara el regicidio, despedida de su mano y encontrada bajo un grande montón de flores, delató al dueño, que disparara, y reveló el complot para que sirviera. Gustavo duró varios días que le ofrecieron ocasión de asegurar la corona en su hijo y extraer de sus enemigos, reconciliados con él, en vista de su martirio, connatural con su heroísmo, sostenes para el trono absoluto, erigido en favor de su dinastía y en contra de su patricia-

do. Aquel hombre que había renovado las glorias de su predecesor, Gustavo Adolfo, y tenido algo del valor salvaje de Carlos IX, defendiendo una parte de su reino contra los rusos y otra parte de su reino contra los daneses, y su corona íntegra y su derecho absoluto contra los nobles, no había pensado en los años anteriores á su muerte cosa ninguna sino impeler la coalición monárquica contra París y salvar de los revolucionarios á la Reina. Él contribuyó á que acabaran las discordias entre Turquía y Rusia como á que comenzaran las amistades entre Austria y Prusia, todo contra la revolución y en favor de Antonieta. Imagínese cual sería el dolor de ésta viendo el caballero sin tacha, sin reproche, sin miedo, por siempre acabado para ella, merced al traidor tiro que le dispararan por la espalda. El quiotismo de Gustavo por la Reina de Francia, y la política francesa, era tan poderoso que, moribundo, entre los dolores y los desgarros de imposible cura, preguntaba qué diría Brissot acerca del caso de su muerte. Respecto de los Reyes franceses no se mordió la lengua para decirles, durante su agonía, cómo le apenaba en aquella hora suprema el retardo impuesto á la salvación regia por su ausencia eterna, cuando consagrara cuanto podía quedarle de vida en el mundo á defenderlos y á salvarlos. Así lanzábanse los príncipes y los Reyes franceses en brazos unos de otros llorando, al saber aquella infausta nueva, mientras los jacobinos proponían erigir á los dos, estatuas que recordasen á la más remota posteridad sus nombres asesinos tan sagrados en la memoria popular como los nombres de Harmodio y Aristogytón en Grecia, como los nombres de Bruto y Casio en Roma. Ya la guerra no tenía remedio, tras todos estos acontecimientos, el jesuitismo, la reacción, el viejo espíritu realista, feudal, teocrático se personificaban en Francisco II, quien debía provocar con su genio exterminador y devoto la guerra de modo irremediable. Apenas había ceñido la corona, cuando dictó el terrible *ultimátum* de Austria, por cuyas caudinas horcas, Francia no podía pasar, sin caer en el deshonor y en el suicidio. La nota resumen de todas las negaciones, engendro de todas las tinieblas, fórmula de todos los despotismos; pedía que Francia restaurase en sus propias manos el feudalismo militar antiguo, restableciendo los feudos imperiales en Alsacia, y dando un eminente dominio al Imperio sobre todos ellos, con lo cual restauraba el régimen de conquista y metía el invasor alemán dentro de la tierra suya, redimida y emancipada; que Francia restaurase también el feudalismo teócrata, restableciendo el poder temporal de los Papas en Aviñón, y dándole á estos participación en el territorio y en la soberanía nacionales; que Francia restableciera la Monarquía como estaba en la hora precedente á la hora en que los Estados Generales se declararon Asamblea Nacional y se promulgó la carta de los derechos humanos; irreverencia, desacato, burla infame al pueblo francés, quien á ello no podía responder sino como respondió, con una declaración de guerra.



CAPÍTULO CUARTO

Guerras y reveses.

n el ministerio de Relaciones Exteriores, Dumouriez procedía como quien, seguro de sí mismo y orgulloso de su causa, ni debe ni teme. Embajadores, que se arrastraban como rampantes reptiles, al pie de los poderosos sustituyólos con embajadores, que supieran escupir por el colmillo, y levantar sus frentes iluminadas por el resplandor de las nuevas ideas sobre las frentes de los reyes oscurecidas por la pavesa del moribundo absolutismo, cada día más apagado, casi ya extinto. Sus despachos parecían proclamas. Un jacobino de verdad, un republicano como Condorcet y como Brissot no hubiesen hablado á las Cortes europeas en el tono con que les hablaba Dumouriez. A este sublime tono su genio militar añadía el eco tonante de los cañoneos y el ruido y el fragor de las armas, pues era, no solamente ministro inactu de Relaciones Exteriores, era también Ministro en potencia de la guerra, y podía corroborar con balas sus despachos. Así puso al Congreso de los Reyes en la cruel alternativa de reconocer ó de combatir al Rey Constitucional. O la guerra, ó el reconocimiento: he ahí el *ultimátum* suyo, he ahí la última palabra. Desde Madrid hasta Petersburgo extendió la consigna é hizo que la notificasen á los reyes y sus ministros. Pero, acostumbrado tanto como á la guerra y á sus combates francos, á la diplomacia y á sus combates sordos, acordábase de cómo fuera espía ó enviado secreto de los reyes franceses otro tiempo y expedía desde su despacho agentes misteriosos á todas las capitales y á todas las Cortes europeas. Hechos los reyes un haz, tiraba Dumouriez á deshacerlo. No